

A knight in full plate armor is shown from the chest up, holding a sword. The knight's armor is highly detailed, with various plates and rivets. The background is dark and filled with glowing embers or sparks, suggesting a battle scene. On the knight's shield, a skull is visible, partially obscured by the sword's blade.

RAMÓN
MUÑOZ

De cómo León V, rey de Armenia, terminó siendo...

SEÑOR DE
MADRID

Año 1375. La Pequeña Armenia, último reino de la Cristianidad en oriente, es conquistado por los mamelucos. Con su caída comienza el calvario personal de su rey, León V, que es conducido a Egipto para ser exhibido como una prueba viviente de la victoria.

Sin embargo, esto supondrá el inicio de una aventura sorprendente; Juan I de Castilla acepta pagar el rescate que piden por el monarca destronado, que después de ser liberado, viaja a Europa con la intención de promover una Cruzada que detenga el avance de turcos y mamelucos. Pero su tarea no será nada fácil, pues llega a un continente devastado por el Cisma de Occidente y la interminable guerra entre franceses e ingleses, y a una Castilla que todavía paga las consecuencias de la guerra civil que enfrentó a Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara. A esto se suma el conflicto con Portugal, que alcanza su culmen en la batalla de Aljubarrota.

Ramón Muñoz novela con maestría uno de los hechos más llamativos de la historia de Madrid, cuando la villa fue entregada como regalo a un monarca extranjero que nada tenía que ver con ella. Y lo hace dentro de un ambicioso fresco que retrata una de las épocas más turbulentas de la historia medieval europea.

A mi familia

Relación de personajes históricos

Alfonso de Aragón y Foix (1332-1414): Nieto de Jaime II y primo de Pedro IV de Aragón. Recibió el marquesado de Villena de Enrique II al término de la guerra civil castellana y fue despojado del mismo en 1390 por Enrique III.

Alfonso Enríquez de Castilla (1355-1400): Conde de No-reña y de Gijón. Hijo bastardo de Enrique II, protagonizó diversas sublevaciones contra Juan I, llegando a ofrecer a los ingleses el puerto de Gijón. Después de ser encarcelado por Juan I y volver a recuperar sus posesiones, insistió en su rebeldía, que culminaría con la destrucción de Gijón y su muerte en el exilio.

Barkouk (?-1399): Visir y Sultán mameluco. Nacido esclavo, fue ascendiendo en la sociedad mameluca hasta convertirse en la figura principal tras varios sultanes títeres antes de reclamar el sultanato para sí mismo.

Barakah: Visir de origen circasiano que protagonizó junto a Barkouk la revuelta en el año 1377 que reemplazó al sultán al-Ashraf Shàban por su hijo pequeño.

Carlos II el Malo (1332-1387): Rey de Navarra. Dedicó grandes esfuerzos a reivindicar para sí la corona francesa, sin éxito. Apoyó a Pedro I durante la guerra civil castellana, lo que le costó el ataque posterior de Enrique II y la pérdida de una parte de su territorio.

Carlos V (1338-1380): Rey de Francia. Perteneciente a la Casa de Valois, fue capaz de recuperar la mayor parte de los territorios cedidos a Inglaterra en el Tratado de Brétigny

(1360). Propició el Cisma de Occidente al reconocer como papa legítimo a Clemente VII.

Clemente VII (1342-): Nacido Roberto de Ginebra. Fue obispo de Thérouanne, arzobispo de Cambrai y, a partir de 1371, cardenal. Como legado papal dirigió la matanza de los habitantes de Cesena en 1377. En 1378 fue elevado a la dignidad papal en contraposición a Urbano VI, iniciando el Cisma de Occidente.

Constantino III (1313-1362): Rey de Armenia. Sucedió a Constantino II tras una revuelta, intentando posteriormente asesinar a sus hijos, aunque sin conseguirlo.

Eduardo de Woodstock (133-1376): Hijo de Enrique III de Inglaterra y hermano mayor de Juan de Gante. Conocido como el Príncipe Negro, participó activamente en la Guerra de los Cien Años y en la guerra civil castellana.

Edmundo de Langley (1341-1402): Duque de York. Se casó con Isabel de Castilla, hija de Pedro I y María de Padilla y hermana menor de Constanza.

Enrique II el Fratricida (1333-1379): Rey de Castilla y fundador de la dinastía Trastámara. Hermanastro de Pedro I, al que se enfrentó en una cruenta guerra civil que culminó con la muerte de Pedro en Toledo a manos del propio Enrique.

Fadrique de Castilla (1360-): Duque de Benavente. Hijo bastardo de Enrique II y uno de los pretendientes de Beatriz de Portugal. El ducado de Benavente reversionó a la corona tras su muerte.

Felipe de Artevelde (1340-): Líder de la rebelión que estalló en 1381 contra Luis II de Flandes. Consiguió conquistar gran parte de Flandes antes de ser derrotado por las tropas francesas que acudieron en auxilio de Luis II.

Felipe el Audaz (1342-): Duque de Borgoña y conde consorte de Flandes. Hermano de Carlos V de Francia y fundador de la rama borgoñona de la Casa de Valois. Durante su vida acumuló un inmenso poder, que convirtió a sus sucesores en serios rivales de los reyes de Francia.

Fernando I de Portugal (1345-1383): Rey de Portugal. Hijo de Pedro I de Portugal. Tras la muerte de Pedro I de Castilla emprendió tres guerras consecutivas contra Enrique II tras proclamarse heredero legítimo del trono castellano.

Fernando Sánchez de Tovar: Almirante castellano. Comenzó su carrera como marino durante la Guerra con Aragón. Intervino en la Guerra de los Cien Años del lado de Francia, con la cual estaba aliada Castilla.

Hugo IV (1295-1359): Rey de Chipre y de Jerusalén. Miembro de la Casa de Lusitán, dejó el trono a su hijo Pedro I.

Juan de Berry (1340-): Duque de Berry. Hijo de Juan II de Francia y hermano de Carlos V. Asumió la regencia de Francia junto con su hermano Felipe el Audaz durante la minoría de edad de Carlos VI.

Juan de Gante (1340-): Duque de Lancaster. Hijo de Eduardo III de Inglaterra y padre de Enrique IV. A raíz de su matrimonio con Constanza, hija de Pedro I, reclamó para sí el trono de Castilla.

Juan Fernández de Heredia (1310-1396): Escritor, político y diplomático aragonés. En 1328 entró a formar parte de la Orden de San Juan del Hospital, llegando a ocupar el cargo de Gran Maestre desde 1377 hasta su muerte.

Juan Fernández de Ondeiro (1320-): Noble gallego y abanderado de la causa petrista en Portugal después del fin de la guerra civil castellana. Realizó numerosas misiones en nombre de Fernando I de Portugal.

Juan I de Avís (1358-): Hijo bastardo de Pedro I de Portugal. En 1364 fue ordenado Gran Maestre de la Orden de Avís.

Leonor Téllez de Meneses (1350-1406): Reina de Portugal. Abandonó a su hijo y a su marido para casarse con Fernando I. Participó activamente en el gobierno de Portugal después de su matrimonio, lo que provocó una notable impopularidad debida a su supuesta simpatía hacia Castilla.

Luis I (1372-1407): Duque de Orleans. Hijo de Carlos V y hermano pequeño de Carlos VI. Disputó la regencia de Francia a Felipe el Audaz y su hijo Juan hasta ser asesinado bajo órdenes de este último.

Luis II de Flandes (1330-): Conde de Borgoña, Artois y Flandes. Pasó los últimos años de su vida haciendo frente a las revueltas de los habitantes de Gante.

Pero López de Ayala (1332-): Poeta, cronista y diplomático castellano. Su padre fue sobrino del cardenal Pedro Gómez Barroso y era famoso por su elocuencia y dotes de negociador, cualidades que trasmitió a su hijo.

Pedro I (1328-1369): Rey de Chipre y de Jerusalén. Luchó contra los trucos y dirigió la Cruzada alejandrina antes de ser asesinado por sus nobles.

Pedro I el Cruel (1334-1365): Rey de Castilla. Hijo y sucesor de Alfonso XI, su reinado se caracterizó por continuos conflictos con Aragón y con la nobleza que culminaron con la invasión de Castilla por su hermanastro Enrique.

Pedro II (1354-1382): Rey de Chipre y de Jerusalén. Su reinado supuso un claro declive respecto a los de sus antecesores, provocado en gran medida por la invasión de Chipre por los genoveses (1373).

Pedro IV (1319-1387): Rey de Aragón. Sucedió a Alfonso IV, dedicándose a reorganizar la corte, la administración y el ejército con el objeto de incrementar el poder real al mismo tiempo que emprendía una política exterior que convirtió a Aragón en una de las grandes potencias mediterráneas.

Pedro de Luna (1328-): Religioso aragonés. Nombrado cardenal por el papa Gregorio XI en Aviñón, acompañó al pontífice en su vuelta a Roma. Posteriormente se convertiría en uno de los principales defensores de la causa de Clemente VII.

Pedro González de Mendoza (1340-): Poeta y miembro de la Casa de Mendoza. Cambió de bando durante la gue-

rra civil en Castilla, uniéndose al partido de Enrique de Trastámara. Llegó a ser mayordomo mayor del rey Juan I.

Pedro Tenorio (1328-): Religioso castellano. Participó en la guerra civil en el bando de Enrique de Trastámara. Posteriormente fue obispo de Coimbra y en 1377 fue nombrado Arzobispo de Toledo por el papa Gregorio XI.

Ricardo II (1367-1400): Rey de Inglaterra. Hijo de Eduardo de Woodstock y nieto de Eduardo III. Sus intentos de centralizar el poder en su persona condujeron a que fuera depuesto por el hijo de Juan de Gante, el futuro Enrique IV.

Sibila de Fortiá (1350-1406): Reina consorte de Aragón. Tuvo una hija con Pedro IV antes de casarse con él en 1377. Tras la muerte del rey se refugió en el castillo de Sant Martí temiendo la reacción de sus hijastros.

Urbano VI (1319-): Nacido Bartolomeo de Prignano. Fue arzobispo de Acerenza y después de Bari hasta su polémica elección como Papa en 1378 durante un cónclave caracterizado por las presiones del pueblo romano para que el elegido fuese italiano.

LIBRO PRIMERO

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

I

Sis (Cilicia)
Abril de 1375

El crujido de la madera al descender el contrapeso, un suave silbido cuando la honda rasgó el aire, y la piedra echó a volar como un pájaro demasiado grande y torpe para desplazarse por sus propios medios. Era uno de los sillares procedentes de la muralla medio desmoronada. A falta de mejores proyectiles, los trabuquetes habían empezado a utilizar como munición los escombros que las rodeaban. El mariscal Sohier de Sart siguió su trayectoria con la mirada y mientras lo hacía imaginó que él era esa piedra voladora, elevándose por encima de la muralla, pasando sobre la ciudad evacuada, a la que habían prendido fuego antes de entregarla al enemigo. Imaginó incluso que se encontraba en el cielo con el hada Melusina, que, según la leyenda, visitaba a los miembros de la dinastía de los Lusignan en sus momentos de tribulación, para sostener con ella un breve coloquio. Luego, tras haber recibido la bendición del hada, imaginó que llegaba hasta el campamento mameluco, a través del humo y los gritos desgarradores de los heridos, para estrellarse contra la tienda del emir de Alepo como si fuera el puño de Dios. Cerró los ojos saboreando aquel triunfo imaginario, pero al volver a abrirlos el proyectil había desaparecido de la vista sin causar ningún daño aparente en las filas musulmanas y él seguía anclado al suelo, impotente, sin otra esperanza que la de conseguir defender su posición frente a la próxima oleada de soldados mameucos.

El suelo comenzó a temblar débilmente, indicando a Sohier que se avecinaba un nuevo asalto. Parecía que el lanzamiento de la piedra había despertado a los egipcios después de un breve descanso. Gritó a sus compañeros para que formasen una línea y los hombres se pusieron en pie con dificultad. Unos cuantos llevaban varios días sin dormir a causa del dolor que les provocaban sus heridas, otros cojeaban más o menos llamativamente. Todos tenían la tez ennegrecida a causa del humo y el barro; al caminar, sus armaduras oxidadas chirriaban con cada movimiento. Nadie se molestaba ya en lavarse la cara o afilar su arma. Cuando no estaban luchando, los defensores de la fortaleza se tiraban detrás de los muros junto a sus armas y se quedaban allí quietos, mirando las nubes con ojos empañados por el cansancio.

—¡Vamos! —gritó Sohier—. ¡No pasarán!

Había repetido lo mismo tantas veces que las palabras sonaban gastadas. Pero aún debían de tener algún valor, porque caballeros y gendarmes se agruparon enseguida al escucharle. Aquellos que utilizaban hábito lo llevaban tan lleno de mugre y sangre seca que los colores originales eran irreconocibles. Solo algunas cruces se mantenían razonablemente blancas, destacando en los pechos de sus portadores como el sol en un cielo despejado.

Un grito prolongado anunció el ataque. Los egipcios lanzaban docenas de granadas de arcilla cocida rellenas de fuego griego y el resplandor resultante cegó momentáneamente a los gendarmes. Se aplastaron contra el suelo mientras las bombas incendiarias describían parábolas sobre sus cabezas, sembrando de fuego el suelo de tierra del recinto. Por fortuna para ellos, las ballestas comenzaron a disparar desde las torres del castillo, obligando a los lanzadores de las granadas a mantenerse a una distancia tal que errasen la mayor parte de sus lanzamientos. Un tirador que se atrevió a avanzar más de la cuenta recibió un flechazo en el cuello y la granada cayó de su mano con la mecha aún en-

cendida. Rodó hacia atrás por el sendero hasta que la explosión envolvió a un grupo de infantes que esperaban la orden para avanzar; sus chillidos resonaron unos instantes por la montaña antes de apagarse definitivamente.

El resplandor de las llamas irritaba los ojos de Sohier. El calor era insufrible; su armadura se había calentado de tal forma que tuvo la impresión de estar cocinándose a fuego lento, como si unos demonios le preparasen para un banquete infernal. Pero se mantuvo en su puesto, rezando cada vez que oía el trueno del disparo de la pequeña bombardarda en posesión de los mamelucos, dando gracias a la Virgen cuando el impacto se producía lejos, arrojando encima de caballeros y gendarmes un fugaz chaparrón de arena.

La brusca interrupción de los lanzamientos de proyectiles le advirtió de que la infantería se había puesto en marcha. También ellos se levantaron para defender la muralla. El calor todavía era intenso; muchos de los fuegos continuaban ardiendo, alimentándose de los cadáveres y los pertrechos que cubrían la pendiente. Era el tercer ataque que lanzaban los mamelucos contra el muro, empleando el empinado camino que ascendía entre rocas y precipicios. Los dos anteriores habían fracasado, pero menos de la mitad de los defensores que rechazaron a los egipcios la primera vez seguían con vida.

Cientos de voluntarios estaban trepando por encima de los escombros y los cuerpos amontonados en la plataforma frente a las puertas, pisoteando a muertos y a heridos por igual. Los ballesteros los acribillaban desde la muralla y las torres del castillo; estando los enemigos tan agolpados, era prácticamente imposible fallar un disparo. Sin embargo, las bajas apenas se notaban en aquella marea oscura. Cada víctima era sustituida de inmediato por el soldado que venía detrás, parecía que no hubiera existido nunca. Incluso cuando los trabuquetes consiguieron lanzar a tiempo sus proyectiles y decenas de musulmanes fueron convertidos

en una pegajosa pulpa de carne y hueso, los huecos que dejaron fueron rellenados en unos segundos. Los voluntarios eran demasiado orgullosos para amilanarse y Sohier, como en anteriores ocasiones, dudó entre admirar su coraje y lamentar que fuesen tan valientes. Un enemigo menos tenaz quizás habría renunciado ya a continuar el asedio, pero este no era el caso.

—¡Recordad vuestro juramento! ¡Hay que defender la muralla hasta la muerte!

Asentó los pies en el suelo con firmeza y se preparó para el envite. No quiso hacer un cálculo rápido del número de mamelucos que se aproximaban. Tampoco contó el número de hombres que defendían los lienzos de muralla. Era preferible no saberlo. Así podría hacerse la ilusión de que tenían posibilidades de resistir el asalto.

Como era habitual, la vanguardia egipcia fue segada por los defensores apenas intentó trepar a la muralla. Los caballeros, equipados con pesadas cotas de malla, yelmos y corazas, tenían una indudable ventaja sobre los auxiliares pobremente pertrechados que formaban las primeras filas de atacantes. Eran los *harfush*, uno de los escalafones más bajos del ejército mameluco, utilizados sin escrúpulo alguno como carne de cañón con la que desgastar a los caballeros. Caían como moscas ante los tajos de la espada de Sohier, pero aquellas fáciles victorias carecían de sabor, pues era consciente de que esos hombres engañados por vanas promesas habían sido enviados a la muerte. El verdadero ataque llegaría más tarde, cuando los oficiales egipcios considerasen que los caballeros daban muestras de agotamiento.

El momento llegó cuando empezaba a sentir fatiga en los brazos. El aire le quemaba en los pulmones y el peso de la coraza hacía que le doliera espantosamente la espalda. Y entonces vio al primer mameluco, llevando una cota de malla y un casco que no tenían nada que envidiar a los de Sohier. Incluso los auxiliares sirios que llegaban confundi-

dos con los soldados profesionales al servicio del emir de Alepo estaban mucho mejor equipados que los auxiliares a los que antes masacraron. Y solamente hacía falta fijarse en su forma de avanzar para darse cuenta de que también estaban mucho mejor entrenados.

La carga en el sector de muralla que defendía Sohier fue feroz. Repartía mandobles sin pensar, vagamente consciente de que dar un solo paso hacia atrás significaba la derrota. Escuchaba los gritos de sus compañeros, a veces alegres, tras haber derribado a un peligroso enemigo, a veces de agonía, tras haber sido alcanzados por una lanza o una saeta enemigas. Empujó otra escalera cargada de mamelucos, cortó los dedos de una mano que había aparecido encima del parapeto. La ausencia de los gendarmes vencidos impedía que cubriesen por completo la anchura de aquel sector de la muralla, y Sohier tenía que multiplicarse para cubrir las faltas. Pero no siempre lo conseguía. Una maza golpeó al mariscal en el hombro izquierdo y temió que se lo hubiera roto. Respondió con una estocada que se hundió en el costado desprotegido de su atacante y luego le pateó para que cayese sobre los musulmanes que aguardaban su turno para usar las escaleras. Solo el obstáculo que suponían los cadáveres tendidos en el suelo, con sus extremidades y sus intestinos entrelazados en un abrazo final, impedía a los mamelucos aprovechar por completo su ventaja numérica. Sin ese estorbo que los entorpecía constantemente, comprendió Sohier, ya habrían sido barridos como un trozo de madera arrastrado por la corriente.

—Si permanecemos aquí acabarán por matarnos a todos —chilló un gendarme con la voz estremecida por el miedo—. ¿Y de qué serviremos estando muertos?

—Si renunciamos a la muralla estaremos perdidos —contestó Sohier—. Subirán sus catapultas a esta posición y bombardearán el castillo hasta que no quede piedra sobre piedra.

Primero habían perdido la ciudad inferior. Después habían perdido el recinto exterior de la ciudadela. Ya no podían retroceder. Ya no quedaba ningún sitio al que ir. Sohier desconfiaba de los rumores acerca de túneles secretos que conducían a las recónditas fortalezas del Cáucaso. Seguramente se trataba de meras patrañas: de lo contrario, ya habrían sido utilizados para traer refuerzos a escondidas.

Captó un movimiento tras él con el rabillo del ojo y se giró velozmente, temiendo que algunos mamelucos hubieran logrado sobrepasar la muralla aprovechando los huecos cada vez mayores entre los defensores. Sin embargo, se trataba de medio centenar de hombres armados, sus últimas reservas, procedentes de la parte más interior de la fortaleza. Y entre ellos distinguió a uno de mediana estatura y noble apariencia que sujetaba una ballesta, rodeado por su fiel escolta de guardias armenios.

—¡El rey! —exclamó. Probablemente fuese una imprudencia anunciarlo de viva voz, pero necesitaba elevar el ánimo de sus compañeros—. ¡Viene el rey!

León de Lusiñán el quinto, rey de Armenia, llevaba puesto el hábito de caballero de la Orden de la Espada. A su derecha un sirviente enarbolaba el estandarte que lo identificaba como Senescal de Jerusalén. Y cerca de ambos, demasiado cerca para su gusto, había desenvainado también la espada el barón Basilio, cuya lealtad era, en el mejor de los casos, cuestionable.

—Ese cerdo inmundo —murmuró—. ¿A qué sale? Casi prefiero que se quede en el interior de la fortaleza urdiendo sus intrigas. Así al menos no tengo que verle la cara.

Fuera por la ayuda de los soldados de refresco, fuera por los ánimos renovados gracias a la presencia del rey León, los caballeros lograron expulsar a los mamelucos del adarve. Palmo a palmo iban recuperando el terreno cedido con anterioridad, volviendo a taponar las fisuras en la línea de defensa. Sohier luchaba con todas sus fuerzas, apretando los dientes para soportar el dolor. Ya no sentía el brazo